

Al principio,
en el medio de una hoja blanca
sin dibujos ni marcas,
había un puntito.

Era claro, casi transparente.

El sol lo atravesaba como un espejo de agua.





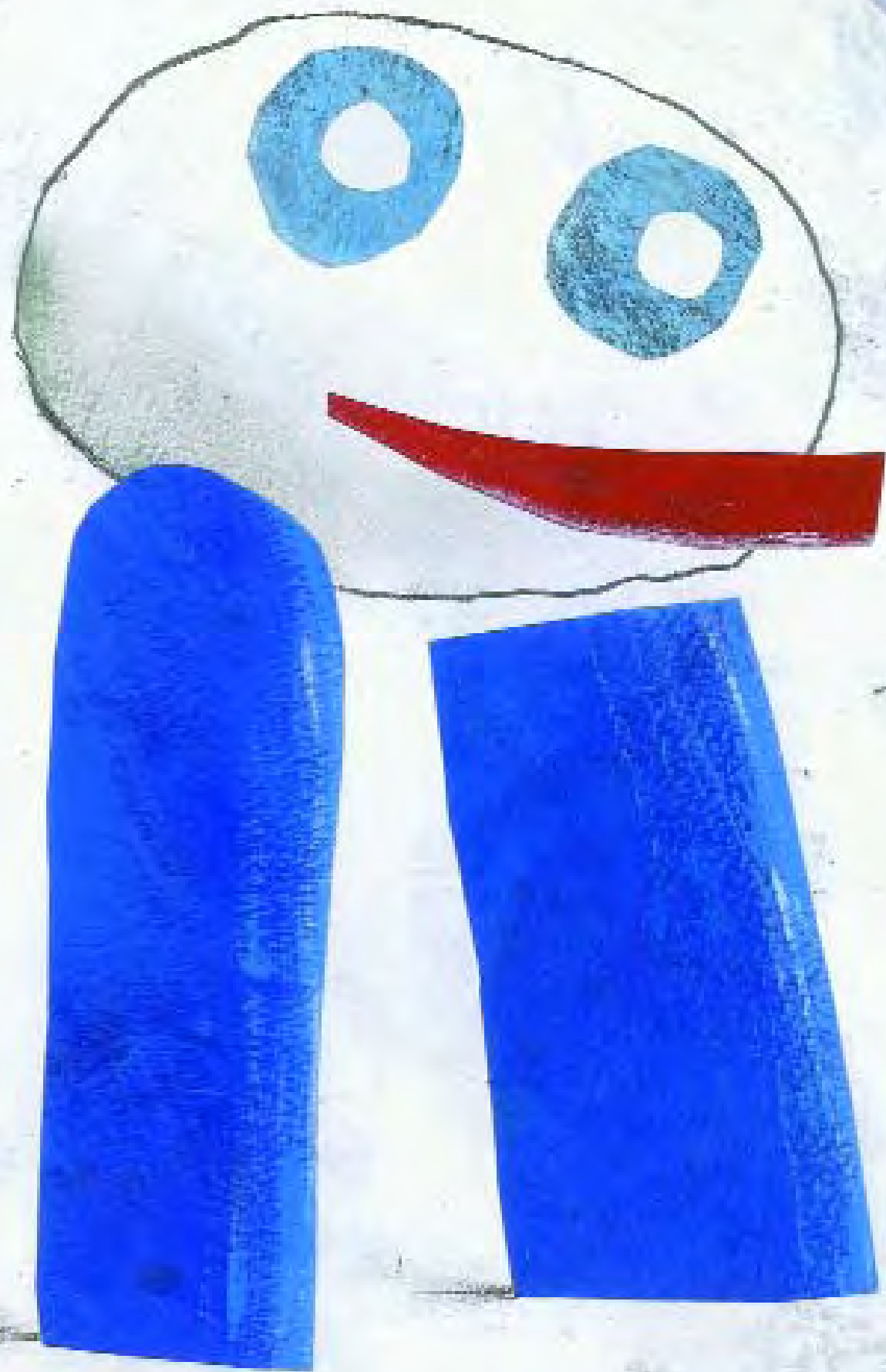
Poco a poco el punto se fue coloreando



y se transformó en un ojo azul.

Ahora existían dos ojos azules
para escrutar el horizonte,
pero empezó a llover
y los ojos quisieron cubrirse con una cabeza.
Con cabeza y ojos, además de mirar,
el puntito podía pensar.





Aquiles era curioso y quería viajar.
Algo le decía que el mundo era más
que aquella hoja blanca donde había nacido.

Con un pequeño esfuerzo,
se hizo crecer dos piernas robustas.
Las quiso de una sola pieza,
para que fueran más fuertes.
Quería explorar el mundo
y encontrar algo extraordinario.

¿Para qué servían, si no, ojos, cabeza, boca y piernas?


Empezó su exploración.

Lo primero que encontró fue una flor.
Era muy bonita: amarilla y azul sobre una corona verde.
Pero Aquiles intuyó que,
para descubrir mejor sus secretos, tenía que olerla.

Así que se hizo crecer una nariz larga y recta,
que sintiera bien los olores.

Y quedó satisfecho,
porque la flor olía
a almendras y miel.





Gracias a las orejas, Aquiles
pudo escuchar un sonido muy agradable:
un murmullo de agua.

Era un arroyo que corría alegremente.
Se quedó admirado ante aquel sonido.
Le recordaba a la lluvia, pero era más alegre.

Se acostó cerca del arroyo

y durmió durante toda la tarde.

Tal vez, algún día,
también ellos abandonarían
la hoja de la noche
para unirse a él.



